

LITERATURA.—NOVELAS.

LA
PALOMA MISTERIOSA

LA VENGANZA DEL MUERTO.

III.

La infausta noticia de la muerte de Arturo llegó hasta los oídos de Rosaura.

La pobre niña lloró entónces tristemente, y vistiendo luto por su futuro idolatrado, se entregó al poder de la más honda tristeza.

A proporción que pasaba el tiempo, aquella jóven se consumía, sin que bastasen los recursos de la ciencia para volverla su antiguo vigor y frescura.

Era una flor que se marchitaba porque le hacía falta el riego del amor.

Era una estrella que se anublaba por el velo de los pesares.

Rosaura no cesaba de llorar, sus ojos eran una fuente inagotable de lágrimas.

Retirada en el cenador, donde vió á su querido Arturo por la última vez, se entregaba en aquella soledad á la expansion libre de sus dolores.

Marchaba con pasos gigantescos hácia el sepulcro, donde la esperaba su amante.

Rosaura era fiel á su juramento.

IV.

La parroquia de***estaba brillantemente iluminada: la voz mística y sonora del órgano resonaba en los ámbitos del templo, un sacerdote revestido de gala, se preparaba á la solemnización de un gran acto religioso.

En la escalinata del altar se veían arrodillados dos jóvenes, que iban á darse la mano de esposos.

Ella estaba encantadora con su vestidura blanca, su corona de azahares y su velo de virgen, que flotaba sobre sus hombros, como un celage trasparente en torno del hermoso disco de la luna.

Él estaba orgulloso, al mirar que sus ensueños iban á realizarse, y que dentro de poco sería la envidia de la ciudad, por ser el poseedor de aquella hermosura codiciada por tantos. El silencio que reinaba en las naves de la iglesia, era augusto y solemne.

Era la hora en que la mañana comienza á colorar apénas el horizonte con las suaves tintas del crepúsculo.

La naturaleza dormía aún, y la brisa más fresca, suspiraba dulcemente, agitando el tallo de las flores que se empapaban en el rocío de la aurora.

El sacerdote interrogó al jóven si quería por esposa aquella muger.

—Sí, dijo él con un acento robusto que salía del corazón.

«Luego dirigiéndose á la jóven, le preguntó si adoptaba por esposo aquel hombre.

Iba ella á responder, cuando se oyó en el templo un ruido siniestro y extraño; las cortinas del altar se agitaron con un temblor horripilante; las velas que tenían en las manos los esposos se apagaron repentinamente, y la jóven cayó en el suelo, como herida de un rayo.

El esposo y sus deudos se agruparon en torno de la jóven

para impartirle sus auxilios; pero todo fué inútil, porque aquella muger era un cadáver.

V.

La jóven era Rosaura.

Cansada al fin de llorar á Arturo, fué dando tregua poco á poco á sus sufrimientos.

Al fin la memoria de los que amamos se va extinguiendo gradualmente, como la luz de la tarde al llegar las sombras de la noche.

En el fondo del pensamiento hay un rincón oscuro, es el del olvido, allí queda sepultado en algún día el recuerdo de los muertos.

Las fibras del corazón, pulsadas por la mano del dolor y de los pesares, llegan al cabo á perder su vibración, para resonar de nuevo agitadas por el plectro de la alegría.

Rosaura abandonó su vestidura negra para ostentar ricas y primorosas galas.

El color volvió á sus mejillas, la frescura á su labios, el brillo á sus ojos y el contento á su corazón.

Se ostentó elegante y fastuosa en los salones del baile, el ruido de la orgía acabó de borrar la imagen de su antiguo amante.

El recuerdo de su amor á Arturo se había extinguido, como el sonido vago de una harpa lejana, que oímos en el silencio de la noche.

Rosaura olvidó su juramento y amó á otro hombre.

El alma de Arturo velaba sus sueños, cuando se dormía pensando en su amante; mas cuando ya fué infiel, se retiró para volver en el día y á la hora de su venganza.

En el momento en que Rosaura iba á pronunciar el sí perjuró, el espíritu del difunto amante atravesó el templo, apagó la luz de las bujías nupciales, y acercándose al oído de Rosaura, la recordó estas palabras, dichas en otro tiempo por ella misma: *“es mi voluntad que al pronunciar con mis labios perjuros el sacrilego Sí, la mano de Dios me hiera antes sin compasión,”* y luego añadió, poniendo en su frente una mano helada: *“y pues así lo quisiste y lo has merecido, en el nombre de Dios yo te doy la muerte.”*

VI.

Desde entónces á la hora en que los creyentes dirijen al cielo sus oraciones por el alma de los que fueron, una paloma blanca posa solitaria en la cruz del campanario de la parroquia, y con tristes arrullos interrumpe el silencio de la noche.

Es el alma de la jóven infiel que viene á expiar su perjurio en el mismo templo en que iba á consumarlo, y á la misma hora en que hizo tal promesa á su amante.

Las ancianas del barrio, al ver en las noches la figura del ave misteriosa en la altura del campanario, se santigüan, y rezan por el perdón y descanso de aquella alma en pena.

Los niños, al oír los arrullos lastimeros de aquella siniestra paloma, abandonan sus juegos, y temblando de terror, buscan instintivamente el regazo de sus madres.

Desde entónces las doncellas del lugar, cuidan muy bien de cumplir á sus amantes sus juramentos sagrados.

Y desde entónces todas las desposadas, el primer día de su matrimonio, tienen la costumbre de colocar una rosa blanca en el sepulcro de Rosaura.

Cuando la paloma misteriosa desaparezca del campanario, el alma de la jóven perjura habrá volado al seno de Dios, porque ya estará perdonada.